



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 40.

JUEVES 3 DE DICIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO: (Continuacion).—LA ROSA DE IVRY.—PAMELA Ó LA ADOPCION FELIZ. (Continuacion).—JERUSALEN CAUTIVA, elegia, por Augusto Jerez Perchet.—CAPELLI.—A JESUS SACRAMENTADO: oracion, por Adolfo Miralles de Imperial.—VIRTUD: cantar, por Augusto Jerez Perchet.—ESCURSION AL ISTMO DE SUEZ.—EL CASTILLO DE SAN ANGELO.—A ELVIRA. EN SU ALBUM: por don Manuel Breton de los Herreros.—CANTAR DEL SIGLO XV A LA VIRGEN: por Pedro Lopez de Ayala.—EPIGRAMA, por Juan Tomas y Salvany.

## LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO.

(CONTINUACION.)

En Esthonia no es tan frecuente como en Livonia, ni mucho menos aun como en Curlandia, el que los nobles vivan en sus propiedades, cuya administracion dejan generalmente á un hombre de su confianza; los jóvenes de Esthonia tratan de hacer su fortuna sirviendo á la Rusia bien en el Estado, ó en la milicia y en general su mayor aspiracion es servir en la guardia imperial y disipar en San Petersburgo miles de rublos, que han sido sacados oprimiendo al esthonio digno de compasion. En Esthonia no se halla la sencillez y cordialidad que domina en casi todas las familias nobles de Curlandia; allí sopla ya el viento áspero de San Petersburgo, allí se ve ya el deseo de goces y la superficialidad rusa.

Fácilmente se conocerá por lo que antecede que la nobleza de Esthonia camina á pasos agigantados á su perdicion y que poco ó nada hay que esperar allí para el espíritu alemán; solo por la entrada de lleno en el espíritu ruso, solo por la igualdad completa de esta provincia con la Rusia propia, es decir, por la abolicion de los privilegios del pais ó mas bien de la nobleza, puede llegar la Exthonia á cierta prosperidad, si es, que algun día el pueblo ruso entra en el número de las naciones cultas, por una civilizacion orgánica y desarrollada nacionalmente y no por una civilizacion ficticia y engañosa como la que tiene hoy.

La clase segunda de la Esthonia es la de los

literatos ó profesores cuyas circunstancias son iguales á las que tienen la misma clase en Livonia y Curlandia. Estos literatos son, como en las otras provincias, de origen alemán casi todos; hay pocos que sean suecos y menos aun rusos. Cuando se podia entrar mas fácilmente en Rusia porque aun no existian las restricciones al trato con los extranjeros que se pusieron á consecuencia de la revolucion alemana, iban anualmente á Esthonia un gran número de jóvenes alemanes para servir allí de maestros, pero en el día no sucede en la misma escala que antes, y el resultado de esto es, que ya se siente la falta de jóvenes educados científicamente y que muchas familias, no saben cómo han de dar á sus hijos una educacion sólida. En el imperio ruso hay proporcionalmente pocos hombres sabios, y estos, se comprende muy bien que prefieran un destino en una universidad, ó en cualquier otro establecimiento de educacion del Estado, á una plaza de preceptor privado. Igualmente desde hace algunos años faltan teólogos protestantes, por lo cual hay mas de una parroquia que se halla vacante por falta de candidato. El aumento que va tomando la confesion griega en estos paises ha sido causa de que muchos jóvenes dejen de dedicarse á la teología, porque ya ha sucedido alguna vez, que todos los feligreses de una parroquia pasen á la Iglesia Griega Otodoxa, y el sacerdote protestante quede por lo tanto sin empleo. Los teólogos alemanes pueden pocas veces admitir tal empleo puesto que no conocen el idioma del pais, el que además es muy difícil de aprender para los alemanes. En los últimos tiempos ha cesado el proselitismo y se debe esperar que los jóvenes de las provincias bálticas se dedican á la teología, para que las parroquias del campo, cuya única elevacion espiritual está en la Iglesia, no se vean privadas de este bien inestimable para ellos.

Una verdadera clase media no se halla tampoco en Esthonia por las mismas razones que hemos manifestado al hablar de Curlandia y de Livonia. Revel era, como Riga, una ciudad

anseática en otro tiempo y por lo tanto, así como tambien por la aplicacion y honradez de la poblacion alemana en cuyas manos estaba antes todo el comercio, hubiera sido posible que se formara una clase media. Lo que pudiera llamarse clase media, como en Riga se ha cambiado en una clase de aristocracia ó de patricios; la misma mezquindad y el mismo egoismo que vemos en las ciudades del imperio alemán en los siglos pasados, encontramos aquí en la actualidad. Hace efectivamente una impresion especial en los extranjeros que van de Alemania, cuando ven defender seriamente los llamados derechos y las disposiciones antiguas que aun existen, cuya época hace ya mucho tiempo que pasó y cuyo recuerdo provocaria risa en Alemania donde los representantes de tales ideas, se hallan en el teatro como caracteres grotescos.

En Revel como en Riga el comerciante representa el primer papel y mira con desprecio á sus conciudadanos cuando pertenecen á otra profesion que no es la suya; la aristocracia de dinero domina aquí del mismo modo que la nobleza de nacimiento en las campiñas y aunque se odian mutuamente se unen siempre que se trata de oprimir al labrador, de hacerse ricos á costa suya y de pasar una vida agradable.

Además de los alemanes, hay en las ciudades muchos suecos y dinamarqueses, la mayor parte de los cuales se dedican á oficios; hay sin embargo, comarcas en las que la clase labradora, es de origen sueco, como por ejemplo, en la isla de Worms que solo está habitada por suecos. Los labradores suecos solo se diferencian esencialmente de los esthonios; los primeros jamás han sido siervos; son hombres francos y honrados que no besan humildemente la orla del vestido de su señor, son limpios y trabajadores y por lo tanto gozan de cierto bienestar.

Los dinamarqueses, que son pocos, viven únicamente en las ciudades como comerciantes ó artesanos.



Los rusos cuyo número aumenta de año en año son, como en Livonia comerciantes, artesanos ó trabajadores. Muchos de estos últimos se dedican á la horticultura, arrendando huertas de cualquier propietario, y viviendo de sus productos; también cultivan los terrenos eriales, principalmente en aquellos que están en las cercanías de las ciudades para depositar las inmundicias, hacen pequeñas plantaciones y nadie les impide el cultivo de estos terrenos sin dueños. La mayor parte de los trabajadores y artesanos vienen en la primavera del interior de la Rusia, pero jamás se establecen en Esthonia sino que después de haber ganado algunos rublos se vuelven en el invierno á su país.

Háy en Esthonia y en Livonia una secta de la Iglesia Católico-griega, que merece mencionarse; esta es la de los *raskolnikis*, ó como se llaman á sí mismos *starowerzi*, es decir, antiguos creyentes. Esta secta oscura y fanática tuvo su principio á mediados del siglo XVII en tiempo del falso Demetrio, pero se dividió entre sí, en unas setenta confesiones. El nombre de *raskolniki* es propiamente una injuria, pues *raskol* en ruso significa división ó cisma. Esta secta de antiguos creyentes fue muy perseguida en un principio por la Iglesia Griega Ortodoxa, pero en la actualidad deben ser tolerados por que su número aumenta de día en día. Estos sectarios, fuera de su fanatismo religioso, son hombres honrados y sumamente rectos; en su exterior se diferencian de los que pertenecen á la Iglesia Ortodoxa, pues llevan un traje sencillo de color oscuro y los cabellos y la barba mas largos que los otros rusos. Es digno de notarse que estos sectarios tienen por un pecado muy grande el tomar tabaco ó fumar y cuando por casualidad, fuma cualquiera en su casa, la dejan ventilarse todo el día y después es purificada por el sacerdote. Esta aversión al tabaco se funda en una tradicion que es demasiado cómica para que deje de mencionarla aquí. Cuando Noé recibió orden de Dios para construir el arca en que habia de salvarse, le mandó Dios muy espresamente que no dijera á nadie el lugar donde la construía, pero Satanás que quería impedir la obra, y por lo tanto, saber dónde la construía, se presentó á Noé y le dió tabaco para que fumara, lo cual le emborrachó de tal modo, que dijo todo lo que deseaba saber Satanás, el cual destruía por la noche lo que Noé habia construido durante el día, y hasta que éste hubo cambiado el punto de construcción, ocultándose del diablo para que no lo supiera, no estuvo terminada el arca. Desde entonces el tabaco es una planta maldita del cielo, y estos sectarios creen un gran pecado el usarle; nueva prueba de que hasta los cuentos mas absurdos hallan siempre almas crédulas, particularmente cuando se presentan con un exterior religioso.

La poblacion primitiva de la Esthonia es la raza de los esthonios de ahora, rama de la gran familia finica; pero este pueblo por su larga y dura opresion ha degenerado tanto que contrasta con sus hermanos los finlandeses y con los altivos magyares; pero es difícil hallar en la tierra un pueblo que en general haya sido tratado tan injustamente como se ha hecho con los desgraciados esthonios; y ¿quiénes son sus tiranos y sus opresores aun en el día de hoy? Son los alemanes y una clase de alemanes que cree ser superior á los demás hombres. Aun cuando la suerte de los letones en Livonia y en Curlandia no sea envidiable, sin embargo comparada con la de los esthonios es un paraíso terrenal. A la verdad ningún filántropo podrá ver sin el mas profundo dolor la degeneracion de este pueblo primitivamente tan noble y tan valiente, pero mas sensible aun debe ser para un alemán el ver hollados por hombres de su raza y de su sangre, los derechos de la humanidad, y que se haya necesitado un decreto del autócrata ruso para hacer libres personalmente á los esthonios y para proporcionarles una existencia mas soportable. ¿Debemos estrañarnos si estos esclavos maltratados alimentan en su pecho un rencor terrible contra sus verdugos, si estos desgraciados tratan de olvidar sus dolores en

la embriaguez brutal del aguardiente, y si todos los vicios de la esclavitud se apoderan de ellos? ¿Que no se crea que nosotros exageramos porque desgraciadamente no es así! Otros pueblos han sido maltratados ó lo son en el día, pero generalmente aun en su misma esclavitud se respeta que son hombres y no se los llega á tratar como si fueran animales, quitándoles todas las aptitudes de la vida por medio de una opresion sistemática. En general se considera á la Rusia y á su gobierno como el non plus ultra del absolutismo pero ¿cuán injusto es esto! El siervo ruso, principalmente el que pertenece á la corona, es siempre un hombre feliz y contento, al que los hierros de la servidumbre se le hacen ligeros porque en el estado atrasado en que se halla respecto á su cultura, no los conoce aun; la solución del problema de cómo se puede perder física y moralmente á un pueblo por la opresion, estaba reservada á algunas familias nobles de Alemania y estas le han resuelto efectivamente!

(Se continuará.)

## LA ROSA DE IVRY.

### I.

#### LA CRUZ DE HIERRO.

A mediados del siglo pasado, una mañana de otoño en que el sol principiaba apenas á disipar la bruma, apareció un aldeano todavía en la fuerza de la edad, en el umbral de una cabaña aislada en el camino, mas allá del pueblo de Ivry, célebre por la batalla que dió cerca de él el Bearnés.

Sin pararse á contemplar el imponente espectáculo de las ruinas del antiguo fuerte que se elevan en la colina por la que se llega al estenso llano, hoy día histórico, el hombre de que hablamos cerró con mucho cuidado la puerta, como si temiera despertar á alguno, y se marchó á toda prisa á su trabajo.

Este hombre, en cuya frente se podía leer una mezcla singular de bondad y de aspereza, ejercía el doble oficio de pizarrero y de albañil. Pero fácilmente se conocía, al ver su manera de andar franca y casi marcial, que sus manos no habian siempre manejado la llana.

En Ivry y las cercanías se ignoraba su origen; tan solo recordaban algunos que quince ó diez y seis años antes de la época de nuestro relato, habia aparecido Vicente (cousin por primera vez en el país, donde habia comprado, empleando sin duda todas sus economías, la cabaña en que habitaba todavía, en la que se habia instalado con una hermosa niña á quien llamaba su hermana.

Desde entonces habia consagrado su vida á velar sobre aquella niña con el cariño de un padre, siguiendo y desarrollando los progresos de su joven inteligencia.

A fuerza de cuidados y de sacrificios podía Enriqueta presentarse en cuanto á la buena educacion al lado de las niñas mas ricas del lugar. No solamente poseía una instruccion notable en aquella época, sino que cosía y bordaba con tanta habilidad que contribuía con su trabajo al buen estado de la casa.

Si Vicente la regañaba alguna vez, era para impedirle que comprometiera su salud trabajando demasiado. La mañana en que salía de la cabaña con tanta precaucion, temía sin duda que Enriqueta al verle salir tan temprano, se despertara y se pusiera á trabajar.

¡Pobre Vicente! ¿Cuán grande hubiera sido su sorpresa, cuán grande su pesar, si hubiera cedido al deseo de entrar en el cuarto de su hermana, á poner un beso en su querida frente!

A unos tres tiros de fusil de las últimas casas de Ivry, á orillas del Eure, hermoso río que fecunda aquella parte del suelo normando, se elevaba, en el empalme de dos caminos, una de esas cruces de hierro que los habitantes del campo consagran á la piedad de los fieles ó al recuerdo de un crimen.

No tenemos que buscar el origen de este

monumento rústico. Baste saber que era objeto de gran veneracion, lo cual probaban las numerosas coronas secas, los ramos benditos, los *ex-voto* colgados en las ramas ó puestos en el zócalo. Ningun aldeano hubiera pasado por allí sin quitarse el sombrero, sin santiguarse y arrodillarse sobre las piedras que la servían de base.

Una mujer profundamente inclinada, abrazaba en aquel momento con fervor el pie de la cruz y parecía dirigir al cielo una elocuente invocacion, que interrumpía de tiempo en tiempo para mirar hácia el camino y escuchar con suma atencion.

Esa mujer era joven y muy hermosa. Largos cabellos negros hacían resaltar la palidez de sus facciones, dando á su fisonomía una expresion pensativa y ansiosa. Vaga impaciencia brillaba por instantes en sus ojos, cuando no hacían la esperanza y la fe reinar en ellos la tranquilidad.

El corte de su rostro, la gracia de su apostura, la ardiente dulzura de su mirada, no eran las que comunmente se encuentran en los pueblos; llevaba en sí como el sello de una naturaleza superior, y para designarla con un título que indicase su hermosura sin igual, en todas partes la llamaban la *Rosa de Ivry*.

De pronto llegó un ruido de pasos hasta ella, se levantó y esperó inmóvil, en silencio, con una mano sobre el corazón y la otra en el zócalo secular de la cruz.

Por el camino que separándose del río conducía al campo, se adelantaba un hombre cuidadosamente, mirando con direccion al pueblo, como para cerciorarse de que nadie acechaba su regreso. Una capa de color oscuro le cubría, y cuando alguno de sus movimientos la entreabría, dejaba ver un uniforme militar.

Llegó á dos pasos de la cruz de hierro, cuya vista le quitaban unos sauces, y ya iba á pasar de largo, cuando una voz insegura murmuró esta sola palabra:

—¡Dionisio!

—¡Enriqueta! exclamó el soldado, viendo á la joven de pie junto á la cruz.

Un rubor vivo coloró su rostro, y un gesto reprimido al momento dejó ver su sorpresa. Disimulando su turbacion, prosiguió:

—¿Vos aquí?... ¿Con qué objeto?

—¡Estaba esperando! contestó la joven fingiendo una calma que desmentía su voz temblorosa.

—¿Cómo? ¿no puedo ausentarme un instante sin despertar vuestra inquietud? Si así fuera, me haríais pagar bien cara la hospitalidad que vos y vuestro hermano me concedéis, desde que me persiguen por ese maldito duelo que me obliga á ocultarme.

Habia pronunciado esta frase con un acento de amargura que notó al momento, pues prosiguió con mas cariño.

—Tranquilizaos, querida Enriqueta. Hace dos meses que dura este negocio; tengo protectores de influencia; el peligro disminuye de día en día, y en breve... espero...

—Dionisio, interrumpió bruscamente la joven mirándole con resolucion; ¡me engañais!

—Os juro que ese duelo...

—¿Quién os habla del duelo? Respecto á esto se lo que hay que temer ó esperar... La tranquilidad que disfrutais en casa de mi hermano no ha sido turbada, y nada indica que deba turbarse. Pero á mí, desgraciada joven cuya quietud habeis destruido, á mí me engañais... yo os lo digo... Ayer no era mas que una sospecha; hoy es una certidumbre.

—¡Enriqueta!...

—¿Os atreveríais á sostener que todas las noches, creyendo que estoy dormida, no salís de casa para ir misteriosamente á no sé qué cita?

El soldado se tranquilizó; Enriqueta no le habia seguido y no adivinaba mas que una parte de su secreto; quiso negar hasta lo que ella sabía, pero parecía tener la mas firme conviccion.

—Mirad, Dionisio, ahora no juraríais por esta cruz, como hubierais hecho en otro tiem-



po, que no amais á nadie mas que á mí, y que seré mujer vuestra...

El soldado titubeó, y sin embargo, sus ojos que brillaban bajo sus largas pestañas, el corte fino de su rostro, su elegante apostura; en una palabra, la especie de distinción en todas sus maneras, atestiguaban, á pesar de su traje, que no era el primer juramento que prestaba. Es verdad que la solemne resolución de la joven, junta al aspecto austero de la santa cruz, contenían en sus labios la blasfemia que iba á salir.

Se valió de una táctica que probablemente no le era menos familiar, y se deshizo en protestas de amor, eterno recurso de los hombres cuyo corazón no emplea nunca en su lenguaje formas tan elocuentes como cuando tienen el corazón vacío.

¿Qué poder tenía la inesperienza de Enriqueta contra tan dulces seducciones? Las palabras de Dionisio resonaban en su oído como una música, que embriagaba á la vez su espíritu y sus sentidos.

—¡Necesito tanto creerte! le decía ella. Si te perdiera, ¿qué sería de mí?... ¿No estás como ya cansado de esta penosa reserva que hemos de observar en presencia de mi hermano?... Paso mi vida temblando por temor de que no llegue á saber la verdad; le conozco muy bien... no me quedaría mas que morir... No te sonrias... ¡Mas querría él verme muerta que deshonrada! Y si esta desgracia sucediera; si llegase á descubrir nuestro amor, tú tampoco te librarías de su ira. También ha sido soldado, y aun conserva la energía y la rectitud del militar... no evitaria un desafío... y si uno de vosotros sucumbiera, ¿qué sería de mí, desgraciada... tendría que echarme en cara la sangre de mi hermano ó la de mí...

No pudo concluir: un beso ahogó la palabra que iba á pronunciar.

—Pero dime, prosiguió la joven negándole con dulzura otro beso, ¿porqué no poner fin á esta posición tan falsa como peligrosa? ¿Porqué no confesamos á Vicente nuestro mutuo amor? ¿No has prometido que le pedirías mi mano?

—Y todavía lo prometo; pero el momento no ha llegado aun... No podrías casarte con un hombre á quien rechaza la sociedad, á quien condenan las leyes... La dicha no llega en un día; para que sea duradera es menester saber esperarla.

—¡Esperar, siempre esperar!

—¡Hasta entonces, seamos felices como en lo pasado; tú no lo sabes aun, mas el misterio, es la mitad, la mejor de las alegrías del mundo!... ¡Amame, deja que te ame con discreción, en silencio; que nadie conozca mi felicidad; soy egoísta y te amo tanto!...

—Dionisio, dijo la joven cediendo á tan apasionado acento, yo te amo mucho...

—Pues bien, querida Enriqueta, no mas sospechas injustas; no mas dudas acerca de mi ternura.

—Sí, te prometo que creeré en ella; pero pronuncia sobre esta cruz el juramento que hace un rato te he pedido.

En vano quiso eludir por segunda vez ese deseo tan claramente expresado. Ella insistió, amenazó, y Dionisio juró por fin que sería suya, no solamente ante Dios, sino también en virtud de las leyes humanas.

## II.

### UN NOVIO.

En el momento en que se concluía con un juramento algo equívoco la escena que acabamos de bosquejar, el hermano de Enriqueta, oyendo dar las nueve en el reloj de la iglesia, recogía sus herramientas, se quitaba la blusa de tela oscura, y tomaba, estimulado por un apetito formidable, el camino de su casa.

Apenas había vuelto la esquina de la calle principal del pueblo, cuando distinguió á veinte pasos de él á un militar vestido con el uni-

forme de Real-Normandía, que iba tarareando una canción de bívac.

—¡Qué imprudente! se dijo á sí mismo, seguro de que era Dionisio; sale por las calles y se espone á que le conozcan...

Apresuró el paso, y al poco le alcanzó.

—¿Sabeis lo que haceis, camarada? le dijo apretándole el brazo. Perdeis el juicio...

Iba á continuar sus amonestaciones, pero el militar, volviéndose al momento, no le dió tiempo para ello, y abrazándole bruscamente cordialmente, exclamó:

—¡Querido Vicente!

—¡Jorge! dijo este sorprendido, ¿Jorge Dupuis en Ivry! ¿y por qué casualidad?...

—La cosa no tiene nada de desagradable, al menos para mí. Ahora iba á tu casa, contestó el recién venido... ¡Llego de París en línea recta, y á fe que la etapa es buena!

—¿No estás ya en el servicio?

—Aun falta. Cuando uno ha sido bastante tonto para dejarse enganchar, la cosa no es para un día. Luego parece que les hago falta allí, lo cual es causa de que no me quieran soltar, y de que haya tenido que mover el cielo y la tierra para proporcionarme una licencia de algunos días, durante la ausencia del coronel.

—¿Por qué no has esperado que regresara?

—Has de saber... que tenía yo prisa por una razón que yo me sé... muy interesante...

Vicente le miró, como queriendo comprender la enigmática sonrisa que aparecía, con cierta turbación, en la franca fisonomía de un antiguo camarada.

—¿Qué motivo?...

—¿Te acuerdas de la última vez que estuve en Ivry?

—¿Pues no me he de acordar?... Muchas veces hemos hablado de eso con Enriqueta... ¡mi buena hermana! ni siquiera me preguntabas por ella.

—¡Ah! contestó Jorge suspirando con aire melancólico que contrastaba con su tez encarnada y su rostro redondo; no es porque no piense en ella. Justamente acerca de ella te he hecho la pregunta anterior... Vamos, Vicente, da un paso hacia atrás y recuerda lo que tuvo lugar el día de mi marcha.

Vicente, que no parecía poner mucho cuidado, reflexionó algunos segundos.

—Bebimos juntos, dijo por fin, después te acompañé hasta Evreux... Jorge vio que era menester ayudar su rebelde memoria; se rascó la oreja, haciendo un esfuerzo, concluyó la frase á su modo.

—Al separarnos te pedí, por centésima vez, la mano de tu hermana, y tú no contestaste...

Puesto en el buen camino, no podía dejar de explicarse. Así lo comprendió Vicente y se resignó.

—Te contesté: Jorge Dupuis, eres un buen chico, pero no eras ayer mas que un criado de labor; hoy eres soldado, y un soldado no debe tener mas que á su patria por mujer... Quiero para Enriqueta un marido mas listo y encoquetado. Dame esos cinco, camarada, tuya es mi hermana el día en que seas sargento...

—Muy bien hablado; la Rosa de Ivry no podía casarse con un cualquiera.

—¿Y bien?...

—Mira, camarada, mira esto.

Y Jorge le enseñaba con orgullo los galones que adornaban su manga.

Aunque entre Jorge y Vicente había una diferencia de diez años de edad, este profesaba á su amigo un afecto sincero. Pero soñaba otro casamiento para Enriqueta con un buen obrero como él, que no le quitara quizá por siempre la dicha de verla á su lado. El día en que había prometido á Jorge que le aceptaría por cuñado cuando fuera sargento, había contado algo con la simpleza del pobre chico, simpleza que tan bien explotaron los reclutadores.

Su primer movimiento al ver los galones fue el de apretarle la mano, y al mismo tiempo notó el cambio que se había verificado en su persona.

—¿No contabas tú con esto, no es verdad? le dijo Jorge. Cuando entré en el regimiento era un simple, lo confieso. Mas ¿de qué me hubiera servido ser un águila para desempeñar la consigna?... ¡Armas al hombro!... ¡Presenten!... No hay que ser muy listo para comprender todo esto... al contrario. Pero desde el día en que, prometiéndome tu hermana, me impusiste la obligación de medrar, me dije: Jorge, es menester hacerse digno de Enriqueta. Y esta idea me ha dado ánimo y talento. Me he instruido, cumpliendo con mi servicio; y ahora que soy sargento, no me atribuyo este mérito á mí mismo, sino á tí... ó mas bien á ella, á su recuerdo que nunca se ha apartado de mí.

Vicente dijo entonces aparte para sí:

—La verdad es que en el fondo es un buen chico.

—Veamos, prosiguió Jorge... por esta vez no me marcharé sin que seamos cuñados...

—¡Caramba!... Si consciente Enriqueta... si te ama...

—Respecto de esto, no he creído nunca que estuviera loca por mí... no... no soy tan ciego; pero es de suponer que no le desagrade mas que otro, y ahora que los viajes y las ciudades me han avisado... cuando sepa cuán feliz la voy á hacer...

—Francamente, yo no pido otra cosa; cuanto mas te considero, mas me vas gustando. Pero antes de decidir, es menester que veamos á mi hermana.

—Eso es justamente lo que yo deseo.

—Vamos, pues; apresuremos el paso. Principiaremos por matar el hambre y echar un trago. Como dice el refrán, cuando hay para tres hay para cuatro.

—¿Cómo para cuatro? dijo Jorge con sorpresa.

—Se me ha olvidado decirte que te vas á encontrar en país conocido... con un camarada de regimiento que se oculta de resultados de un desafío.

—¿Un camarada? ¿Cómo se llama?

—Dionisio, alias el Entendido.

—¿No es posible!... ¡Dionisio, á quien llamamos el Entendido!... Un normando mas listo... ¿y dices que está aquí en tu casa?

—Pronto va á hacer dos meses.

—¿Dionisio?...

Se paró como para reunir sus ideas, y mientras Vicente le observaba con atención.

—¿Qué te pasa? ¿Es sin duda por lo que te cuento?

—Sí... no... murmuró Jorge, y luego repitió: Dionisio en Ivry... un desafío... un escondrijo...

—¿A qué viene tu sorpresa? prosiguió su amigo frunciendo el entrecejo.

—No es nada... una necedad... me parecía haberle visto ayer en el regimiento; pero es un mozo tan astuto... y además no está en mi compañía.

—Ahora comprendo... también decía yo...

Vicente no acabó la frase, y apresurando de nuevo el paso, siguió preocupado, lo que ni siquiera notó su compañero: había olvidado á Dionisio para no pensar mas que en Enriqueta.

Al fin llegaron los dos amigos al pequeño jardín que era preciso atravesar para entrar en la cabaña.

Jorge cogió la mano de Vicente y la puso sobre su corazón.

—¡Eh! ¿Cómo tocan la generala ahí dentro!... No tengo fuerza para seguir adelante...

Había que andar todavía unos veinte pasos. Vicente no intentó siquiera reanimar su valor, y valiéndose del pretexto que él mismo le daba, lo dejó escondido detrás de unos árboles, para ir él solo á preparar á su hermana á la entrevista.

En dos saltos fué á la puerta de la casa y la abrió bruscamente.

(Se continuará.)



## PAMELA

## Ó LA ADOPCION FELIZ.

(CONTINUACION.)

Felicia que sabia por su madre todos los pormenores, confiaba todavía en la mejora de su cuñada, cuando recibió una carta concebida en estos términos:

N..... NOVIEMBRE 1792.

«¡Todavía existe!.... mas quizás, cuando recibais esta carta habrá muerto!.... O hija mia, ¿qué va á ser de vuestro desventurado hermano? ¿Qué va á ser de mí misma en medio de tanto dolor?.... ¡Y me encuentro á doscientas leguas de vosotros!.... Esta angélica criatura que vamos á perder, no la conocíamos á fondo: En medio de una vida feliz y tranquila, como era la suya, no podían brillar las virtudes sublimes que posee. Nunca os figurareis cuán grandes son su valor, su piedad, su paciencia y su resignación sin igual. Os dije anteriormente que no sabía ella cual era su estado; me equivocaba, porque ya lo sabía cuando salió de París, y entonces se lo dijo en secreto á su doncella. Julia misma me lo ha confesado.

Para calmar un tanto el horror de nuestra situación, la desventurada quería al menos persuadirnos de que conserva aun la esperanza que hemos perdido nosotras; pero ayer se ha descubierto ella misma. Estábamos las dos solas: me dijo que desearía recibir los sacramentos al día siguiente y que se lo anunciara á su esposo con la mayor precaución con el fin de que no se alarmara; después, permaneció pensativa. Para distraerla de sus reflexiones, le dije que os escribiría hoy por la mañana. Entonces, pareció como quererme confiar al-



Capeli.

guna cosa, notando yo que vacilaba. Estreché su mano entre las mías, preguntándole si quería darme algún encargo para vos otras. «Sí, me contestó. Una inquietud me atormenta y héla aquí: ya sabéis que á los trece años tuve la desgracia de perder á mi madre; me llevaron entonces á un convento. Pocos días después, una pobre mujer paralítica me mandó llamar al locutorio: ella me dijo que mi madre la había mantenido los dos últimos años de su vida. Besé mil veces llorando á aquella desgraciada mujer, y desde entonces la he socorrido continuamente. Dignaos, mamá, recomendar esa mujer á mi hermana, y decirle de mi parte que se lo encarga mi amistad. Julia os dará las señas de su casa, y os ruego que

ocuparse en asegurar la suerte de una desgraciada, de quien era el único apoyo, legaros á su pobre mujer, acordarse de todos los pormenores que una leve enfermedad hace olvidar á cualquiera, y acordarse también de su perro!.... ¡Ah! ¡Cómo no admirar una bondad tan previsora, un valor tan heroico!... Adios, hija mia; os envío el único consuelo que os puedo ofrecer en este momento, las señas de la pobre mujer que con tanto gusto cuidareis.»

En cuanto Felicia leyó la carta pidió el coche y acompañada de Pamela, se dirigió á la calle del Faubourg-Saint-Jacques. Allí vivía la pobre mujer, llamada Mme. Busca, y á quien las gentes del barrio llamaban *la mujer santa*.



Rusia.—San Petersburgo.



La sorpresa de Felicia y de Pamela, al verla y al escucharla, fue igual á la compasion que les inspiró. La infeliz mujer paralítica tenia las piernas y las manos enteramente estenuadas. Sus dedos, muy largos, parecian dislocados y habian perdido toda forma humana. Su rostro no era feo, pero estaba escesivamente flaco y pálido. No podia levantar ni volver la cabeza; la tenia inclinada sobre el pecho y en tan

horrible estado desde hacia diez y siete años, habia sin embargo conservado su conocimiento y su razon. Estaba acostada en un cuarto bastante grande muy bien arreglado: un sacerdote de venerable rostro se hallaba sentado junto á su cama.

Felicia, al entrar, se dió á conocer como la cuñada de Alejandrina. Al oír este nombre, la pobre mujer levantó los ojos al cielo, y su

rostro se cubrió de lágrimas. «Ah! señora, exclamó, teneis por hermana á un ángel!... Es todavia muy jóven, y sin embargo hace once años que es mi único apoyo... Si supiérais, señora, cuanto me ha cuidado!—¿Venía á menudo á veros?—Antes de su casamiento, como no podia salir del convento, hacia yo que me llevaran dos ó tres veces á la semana al locutorio; entonces pedia permiso para pasar la verja



Jerusalem—Entrada de la gran mezquita.

con el fin de estar mas cerca de mí. Me traía su almuerzo que ella misma habia preparado. Como yo no podia servirme de mis manos, ella me daba de comer con una bondad infinita.... En fin, señora, ¿sabeis la mayor penitencia que podia imponerle su criada? pues era decirle: «Mañana no dareis de comer á Mme. Busca, y yo sola la serviré.» Entonces se volvía obediente como un cordero. Me hacia siempre el favor de llamarme su madre, y queria que yo la llamase mi hija. Cuando yo veía que la criada no estaba contenta con ella, la llamaba *señorita*, y la pobrecita no podía soportarlo: se echaba á llorar y al punto pedia perdon á su criada.... Llorais, señoras, prosiguió la buena mujer; ¿qué sería, pues, si os contara todo lo que ha hecho por mí desde que se casó? Una señora jóven y hermosa como ella, venía cada dos ó tres dias á encerrarse durante las horas enteras con una paralítica!... Me traía ropa, fruta, dulces, y me leía con frecuencia algun capítulo de los Santos Evangelios.... Ya sabeis lo bien que canta: un dia la supliqué que can-

tara. «No sé, me dijo, mas que algunas canciones vulgares que no gustarian á mi madre, pero ya aprenderé para ella un cántico que la agrade. «En efecto, cuatro ó cinco dias despues, vino á cantarme varias canciones tan bellas.... En verdad, señora, creía ver y oír á un ángel!... Otra vez, mandó traer su arpa, y la estuvo tocando mas de dos horas.... Pero aun hay mas, señora: ya veis el estado en que me encuentro; es preciso que sepais que todos mis miembros están lisiados y que no paso una semana sin tener convulsiones terribles. Si no fuera, señora, para daros á conocer á vuestra digna hermana, no me atrevería á entrar en semejantes detalles....—¡Ah! proseguí, dijo Felicia interrumpiéndola y derramando abundantes lágrimas, proseguí.—Pues bien, señora, continuó la mujer, la bondad de ese ángel era tal que no hay servicios que no me haya prestado. Por ejemplo, ya que me lo permitis, os diré que cuando me cortan las uñas sufro horriblemente, si no lo hacen con suma destreza, y de esto se encargaba siempre

ella.... De seguro habreis notado que tiene unas manos tan pequeñas, tan blancas y tan delicadas, mas no sabeis, señora, que todas las semanas aquellas manos bonitas lavaban los piés de una pobre enferma!....»

La mujer se calló y sus lágrimas corrieron de nuevo. Felicia y Pamela no se hallaban en estado de hablar. Hubo un momento de silencio y al cabo de algunos minutos una jóven entró en el cuarto, y preguntó á la pobre mujer si le hacia falta algo. Esta le dió las gracias y la jóven salió. Entonces el sacerdote, que habia permanecido á la cabecera de la enferma, dirigiéndose á Felicia, le dijo: «La señora oirá con gusto que esa jóven que ha ofrecido sus servicios á Mad. Busca, es hija de una de sus vecinas y que todas las demás vecinas son tan serviciales como ella. La una viene á trabajar junto á su cama, la otra arregla un cuarto; otra se encarga de traerle luz y de hacerle fuego; en fin, señora, la caridad de vuestra excelente hermana parece animar á todas las personas que habitan en esta casa. Es cierto que el ejemplo de



tan virtuosa señora ha contribuido mucho á aumentar la actividad de un celo tan laudable. —¡Ah! contestó Felicia, ¡cuán grande es mi admiración!...—En efecto, señora, prosiguió el sacerdote, lo que acabais de oír, y esta pobre mujer que estais viendo, son dignos de inspirar semejantes sentimientos. ¡Si supierais, señora, cuán sublime y cuán piadosa es la religión de esta desgraciada mujer!... No os ha pintado todos sus males; ese cuerpo estenuado y sin movimiento está cubierto de llagas y de úlceras. No quiero escitar vuestra sensibilidad con detalles que os harían estremecer...—¡Ah! ¡Desventurada! exclamó Felicia; ¿y no pueden aliviarse sus padecimientos? ¿No hay remedios para ellos?...—No señora, no hay arte que pueda curarlos: la pobre es tanto mas digna de admiración, cuanto que no se queja de sus sufrimientos. —¿Cómo puede ser?...—¡Ah! señora, dijo la mujer, no solamente acepto con resignación estos males pasajeros, sino que los soporto con alegría. Y no es extraño; pues en cambio de unos sufrimientos fugaces, llevados con paciencia, se obtiene una felicidad eterna. Nuestras recompensas serán proporcionadas á nuestros méritos. ¡Qué agradecimiento debo tener á Dios de haberme puesto en una situación en que pueda tener á sus ojos un mérito continuo, el de sufrir sin quejarme, en una situación en que nada puede distraerme de él, en que todo hace que me ocupe tan solo de la eternidad!... ¡Oh! ¡Cuán queridos me son mis males! ¡Ellos han espiado las faltas de mi juventud, han purificado mi corazón, y me han alejado de los bienes engañosos! El mundo no existe para mí; no puede ya ni seducirme ni corromperme: mi alma no habita ya en esta tierra extranjera, y se ha unido ya á su Creador... ¡Dios mío, yo os veo, yo oigo vuestra voz paternal, que me eleva, me fortifica, y me ordena que me someta sin murmurar; que me promete á ese precio una corona inmortal! Oh Dios mío, os obedezco con el mayor gusto, adoro vuestros decretos, bendigo mi destino, y no lo cambiaría por la suerte mas brillante del universo.»

La mujer se espresaba, al hablar así, con tanta fuerza como sentimiento: el acento de su voz no anunciaba ya el estado de debilidad y abatimiento á que la reducían sus sufrimientos; sus ojos lánguidos y apagados brillaban en aquel momento con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la escuchaban y la contemplaban con encanto. «Pues bien, señora, dijo el sacerdote, ¿hubierais podido creer que fuese posible en semejante estado encontrarse feliz? Esta mujer que bendice su destino, ¿qué sería de ella sin la religión?... ¡Cuán grande sería el horror de su situación si llegase á dudar de las verdades eternas de que está penetrada!... El ateo, que quiere hacerse prosélito, ¿qué contestaría á esta mujer, cuando ella le dijera: «¡Me quereis arrebatrar el único consuelo que me queda en este mundo; quereis sumergirme en la mas horrible desesperación! ¡Hombre cruel, mirad mis males, mi valor, mi paciencia, mi resignación y la quietud de mi alma, y temblad de vuestro proyecto temerario!»

Felicia aprobó tan justa reflexión y se separó de la pobre mujer, prometiéndola que volvería á verla tan á menudo como sus ocupaciones y sus deberes se lo permitieran. Felicia y Pamela no hablaron en todo el día mas que de Alejandrina y de la *mujer santa*. «¿Cómo no nos habrá hablado mi tía de esa pobre mujer?» dijo Pamela. —Hé ahí, replicó Felicia, lo que mas debe escitar vuestra admiración. Tal es el carácter de la virtud verdadera. Cuando la razón sola es la que nos hace cometer una buena acción, queremos enorgullecernos de los esfuerzos que nos ha costado; pero cuando es el sentimiento el que induce al bien, en lugar de admirarse á sí mismo, piensa uno: «No merezco elogios; no he hecho mas que seguir mi inclinación y los impulsos de mi corazón.» ¿Habeis visto nunca á un avaro que se haya decidido á hacer un regalo? Pues siempre lo hace con fausto, con una énfasis que prueban cuán poco familiar le es semejante acción y

cuánta vanidad saca de ella. En efecto, le cuesta tanto, que bien se puede perdonarle el necio orgullo que muestra. Mirad, al contrario, con qué noble sencillez sabe dar una persona generosa. Por eso las almas se vanaglorian de sus buenas acciones, porque siendo para ellas penosas, les dan un valor extremo; mientras que las almas nobles están al abrigo de semejante orgullo por su misma elevación y por su inclinación sublime hácia todo lo que es bueno y virtuoso. —Esta reflexión, contestó Pamela, debía hacernos amar la modestia, ó al menos inducir á los que carecen de ella á ocultar con cuidado su orgullo, y á no vanagloriarse nunca de lo que han hecho digno de elogio, puesto que una conducta diferente sirve solo para descubrir la pequeñez de su alma y de su poca virtud.»

Pocos dias despues de esta conversacion, recibió Felicia la triste noticia de la muerte de su cuñada; siempre la habia querido mucho, y con lo que le habia contado la *mujer santa*, su cariño se habia aumentado. Aunque hacia ya tres meses que esperaba esta noticia, su dolor no fue por eso menos profundo. Fué al momento á casa de la pobre enferma, para tener el consuelo de llorar con ella, y de oír un elogio fúnebre digno de Alejandrina.

Pamela quiso sustituir á su virtuosa tía en cuidar á la *mujer santa*. Lo hacia con el mismo esmero y la visitaba dos veces á la semana. Hacia ya cerca de un año que cumplia con este deber sagrado, cuando una mañana, mientras estaba lavando los pies á la pobre mujer, se abrió de repente la puerta del cuarto; un hombre de cincuenta años, de noble é imponente rostro, se apareció. Despues de haber dado algunos pasos, se paró... Pamela estaba arrodillada enjugando las piernas estenuadas de la pobre enferma. En esta postura, tenia la cabeza inclinada y sus largos cabellos cayendo por su rostro, lo ocultaban en parte. Al ruido que hizo el desconocido, levantó la cabeza y no pudo contener un movimiento de sorpresa; un rubor súbito cubrió sus mejillas. Volviéndose hácia una doncella inglesa que la habia acompañado, Pamela la regañó un poco en inglés por haberse olvidado de echar el cerrojo.

El desconocido exclamó al punto en la misma lengua:

(Se continuará.)

#### JERUSALEN CAUTIVA.

ELEGIA.

¡Cuán solitaria la ciudad preciada de las naciones reina! Bajo el yugo de amarga esclavitud, vierte en la noche llanto abundoso que su faz marchita. Lloro, y los hijos que abrigó en su seno desprecian su dolor; y sus amados hoy fieros enemigos, la escarnecen. Vuelve, gran Dios, tus ojos celestiales á la bella princesa desolada. Jerusalem un tiempo esclarecida, perdió por la inmundicia del pecado, la hermosura, grandeza y poderío. Gimen las tristes, púdicas doncellas, y exhalan alaridos lamentables las infelices madres que perdieron sus inocentes pequeñuelos, presa del vencedor. En cien pedazos rota la corona, y el manto desgarrado, doblada la cerviz, con vacilante tardo paso, los príncipes arrastran en pos del enemigo, las cadenas de esclavitud. Los sacerdotes fueron segados, cual la mies que en la llanura troncha áfilada la cuchilla corva del labrador. Robado el santo templo fue. Sus puertas y muros demolidos: Maldito del Señor el Santuario.... Los ancianos lloraron. Las mujeres inclinan sus cabezas, do derraman cenizas; y sus cuerpos con silicios oprimen.... Todo es duelo y amargura en la Virgen de Judá. Doquiera gritan

—«¡Pan y vino!»—Sus tristes moradores, y buscan alimento, mas en vano. En las calles, los pórticos y plazas, lanzan exhaustos los llorosos niños, sus alientos vitales; que ni encuentran sustento en el regazo de su madre!... Nublóse el sol de tus gloriosos dias, Sultana de Sion. Tiniebla oscura tu rostro envuelve, que el pesar retrata. Vibró Jehová su rayo poderoso, y cayeron tus hijos, cual las hojas que arranca el soplo del Sémoun ardiente. Y la escasez fue en tí. Y el enemigo cercó tu antemural. Y vacilaron tus férreas puertas. Y en amargo yugo gimieron ¡ay! los grandes de tu pueblo. ¿Hasta cuando, Señor, tu diestra airada fulminará sus iras? La doncella hermosa de Jacob, cubrió su rostro do torpe liviandad, y vióse herida por el rey de los cielos ¡Dios es justo! Como sobre el cervato que abatido, jadeante, sin aliento ni esperanza, al caer en tierra de fatiga inerme se abalanzan los perros cazadores, y desgarran sus carnes, y á despojos la víctima reducen indefensa; así Jerusalem el triste día de la saña divina, fue cercada por fieros numerosos escuadrones, que cual veloz torrente desbordado, lanzarónse á sus muros, y anhelantes de muerte y fuego, destruccion y guerra, entesaron el arco, dando al viento las agudas saetas vibradoras.... ¡Cumplió el Señor sus iras! Tus maldades cumplidas fueron ya, bella Sultana. Desde hoy en tí, la paz y la ventura. Bendecid del Señor el Santo nombre, ¡pueblos del mundo! Que jamás perturbe vuestro seno feliz torpe mancha, y la gracia de Dios será en vosotros.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

#### CAPELI.

Arturo Capeli fue un general y hombre político inglés muerto en 1649. En 1640 representó el condado de Hertford y tomó parte en el *gran parlamento*. Tuvo el título de lord Capel de Hadham, y cuando estalló la revolución equipó á su costa un cuerpo de caballería á cuya cabeza combatió valerosamente por la causa real. Quiso defender á Carlos de sus enemigos, pero encerrado en Colchester, si bien se defendió animosamente, se vió precisado á rendirse. Mas adelante, á causa de su correspondencia con Ireton tuvo que evadirse, pero fue preso y acusado como traidor y condenado á muerte. Ni Cromwell ni lord Clarendon quisieron salvarle, y subió al cadalso con dignidad y entereza. Dejó escritas unas *Meditaciones morales y políticas* y varias poesías, escritas durante su prision.

#### Á JESUS SACRAMENTADO.

ORACION.

Me acojo á tu amparo,  
Que al pobre y doliente  
Virtud das ferviente,  
Le apartas del mal.  
Tu nombre bendigo,  
Señor, con anhelo;  
Porque eres consuelo  
Del pobre mortal.

Tu cuerpo sagrado,  
Bondad infinita,  
Mi fe resucita,  
Me abrasa en tu amor;  
Admite propicio  
La ofrenda piadosa  
Que mi alma medrosa  
Te eleva, Señor.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.



## VIRTUD.

## CANTAR.

—Niña hermosa, ¿dónde vas  
tar solita por la vega?

—A mi casa mancebico.

—¿Y cuál es tu casa?

—Aquella  
que entre los altos nogales  
allá á lo lejos blanquea.

—¿Quiéres, dí, que te acompañe,  
Pura flor de la pradera?

—No he menester compañía,  
y mucho menos la vuestra;  
que la compañía de un hombre  
no sienta bien á doncellas.

—¿Quién te lo ha dicho, zagala?

—Mi madre así me lo enseña,  
y por eso la obedezco

en todo lo que me ordena,

—Hermosa vente conmigo;  
tendrás, niña, cuanto quieras.

—Nada quiero.

—Tendrás galas;

ornaré de finas piedras

tu garganta de paloma;

te servirán cien doncellas;

mandarás á tu capricho...

—No; me basta mi pobreza.

Mas vale siempre vivir

tranquila, honrada y contenta,

que entre galas y diamantes

llorar llena de vergüenza.

Idos, idos, caballero;

dejadme solla en la vega,

que voy á mi humilde casa

la de la verde pradera,

que entre los altos nogales

allá á lo lejos blanquea.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

## ESCURSION AL ISTMO DE SUEZ.

El *Siècle* ha publicado un interesante artículo, que contiene la relacion pintoresca de un viaje al istmo de Suez con objeto de ver las obras de comunicacion de dos mares: lo traducimos con gusto para que nuestros lectores puedan formar una idea aproximada de lo gigantesco de aquella empresa, dirigida por Mr. Lesseps.

«Os figurais sin duda que teneis una idea exacta de lo que pasa en el istmo de Suez y del estado en que se halla el asunto del canal marítimo que ha de establecer la comunicacion entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo, y sin embargo estais muy lejos de conocer la verdad. Acabo de adquirir la convicción de que ni en Egipto ni aun en Alejandría saben con precision lo que se hace y lo que existe en el istmo. El viaje del virey, el anuncio de la llegada del Mediterráneo á Ferdana y de las aguas del Nilo á Tymsah habian producido grande admiracion; algunas personas habian visitado los trabajos y contado lo que habian visto y entre ellas Mr. Revoltella, banquero en Trieste; Sforzi, ingeniero; el comandante Nicovitti, individuo de la comision austriaca; el conde de Chambord y su comitiva; Raousse, ingeniero inglés; Johnston, negociante; Levy, banquero; Holenski, literato; Foncault, ingeniero belga; Berscher, pintor; el padre Royer, franciscano, y tantos otros de todos los paises, de todas las profesiones y categorías; no olvidemos á una encantadora inglesa, Mad. Ross, la que sin mas compañía que su doncella ha recorrido el istmo en ocho dias, y volvió entusiasmada de su viaje. Los que habian visto aseguraban que los trabajos seguian; los que nada habian visto lo negaban, y lo que hay de curioso en el particular es que la mayor parte daba crédito á estos últimos.

«Como podeis suponer, ardia yo en deseos de hacer semejante excursion á fin de asegurarme por mí mismo de la exactitud de las cosas; pensaba, por tanto, en el medio de llevarla á cabo, cuando supe en el Cairo que Mr. de

Lesseps debia partir para dar una vuelta por el istmo en compañía de los marqueses de Arconati-Visconti, de los condes Alemagna, del cónsul de Italia y su señora, del conde Sala, de Mr. Girardin, agente principal y del primer médico Mr. Aubert Roche. La ocasion era demasiado favorable, sobre todo para comprobar la facilidad de los trasportes; me presenté, y fui acogido con placer.

«Si fuera á contar todo lo que he visto en los ocho dias de viaje, habria de escribir un volumen completo. Salimos del Cairo el sábado 8 de marzo en el ferro-carril, que nos condujo hasta Samauhout; allí nos embarcamos para pasar el Nilo en un lindo vapor perteneciente á la compañía de Suez, que ha montado un servicio regular desde Samanhout á Damietta. Durante la noche desembarcamos en esta última villa delante de vastísimos edificios que se estienden por la ribera á más de 500 metros: son los almacenes de la compañía, la residencia del director de los trabajos Mr. Voisin, y la oficina central de contabilidad.

«Aquellos almacenes suministran todas las provisiones necesarias á la division de Port-Said, como los del Cairo á la division de Tymsah: los hemos visitado; reinan en ellos la abundancia y un orden admirable: es un bazar universal de objetos útiles y de géneros de todas clases. Mr. Sciamia, ingeniero jefe encargado de la ejecucion de los trabajos, se unió á nosotros con su señora, con lo que nuestra caravana se componia de catorce personas, comprendiendo cuatro señoras. Pasamos el domingo en Damietta.

«El lunes al amanecer nos embarcamos para atravesar el lago Menzaleh y dirigirnos á Port-Said, punto donde el canal marítimo debe desembocar en el Mediterráneo. Es una navegacion curiosa la del lago, puesto que se hace en barcos que tienen la forma de un pez, anchos en la parte de adelante, afilados en la posterior y que marchan á impulsos del viento que hincha una inmensa vela latina. Llegamos en siete horas á Port-Said.

«No puedo pintaros el efecto que en nosotros produjo el aspecto de aquella villa naciente, que se estiende en un espacio de algunos kilómetros, con su faro, sus talleres, sus fábricas de vapor, sus diques, sus embarcaciones, su variada poblacion, todo ello en movimiento, despidiendo nubes de humo, trabajando, y en el fondo el Mediterráneo y los buques anclados. Creia no encontrar mas que algunas casas, unos cuantos establecimientos, y encontré una villa desconocida con 5,000 habitantes, allí donde tres años antes, el 25 de abril de 1859, se plantó la primera tienda sobre la ribera inhospitalaria.

«Desembarcamos en el puerto del arsenal en medio de las dragas que cavan el fondo del lago. Allí se levantan talleres de ensambladura, herrerías, fundiciones, establecimientos de sierra etc.; todos en movimiento merced al vapor. Nada hay mas completo, ni aun en Europa. Caminos de hierro conducen materiales para el muelle y las barcas construidas en los astilleros que llegan por el Mediterráneo. El muelle avanza 300 metros en la mar. El gran puerto se halla ya ahondado por uno de sus costados y comunica con la rada: por todas partes reina la mayor actividad. Esperiméntase ciertamente una verdadera admiracion al ver el muelle con sus casas tiradas á cordel, sus lindos edificios, uno de los cuales está destinado al servicio religioso y los otros ocupados por diversos funcionarios. He visitado el que sirve de templo: la capilla está dedicada á Santa Eugenia, patrona de Port-Said en el cielo, en reconocimiento, segun se dice, de otra Eugenia, patrona del istmo en la tierra.

«Las provisiones de todo género abundan; el comercio es libre; hay mercaderes establecidos, obreros de diversas artes y oficios y una excelente fonda. Hasta la noche hemos visitado todo lo que la poblacion ofrecia de notable; fuimos á ver además, á 1,500 metros de la orilla del mar, un islote que se está construyendo con pilares de hierro, y que ha de servir para el de-

sembarque de las piedras que llegarán de Alejandria á fin de continuar el muelle desde la mar á la ribera, en sentido inverso de lo que se efectúa en Europa. Con tal motivo haré la observacion de que muchas cosas se ejecutan en el istmo contra las prescripciones de la práctica rutinaria, ¿será tal vez esta la razon de que muchas personas no comprenden cosa alguna de lo que pasa en el istmo?

«No os hablaré del clima de Port-Said, de su hermoso cielo azul, y de su situacion al Noreste sobre una playa de arena, contra la que van á estrellarse rodando hinchadas olas. He sabido, por las tablas meteorológicas que escrupulosamente se llevan hace mas de dos años, que su temperatura es una de las menos elevadas del Egipto, muy regular y exenta de humedad. La salud de los habitantes de Port-Said es excelente. No creo engañarme al predecir que aquella villa está destinada á ser antes de poco tiempo, no solo muy importante por su comercio y sus relaciones, sino tambien una villa de recreo cuando las llanuras que la circundan, y que aparecen cubiertas de agua hoy, lleguen á estar desecadas y cultivadas como en otro tiempo, cuando Pelusa axistia: no creo aventurar nada al decir que Port-Said es la Pelusa del moderno Egipto. He oido decir que todo lo que se ha hecho en Port-Said desde 1859 no ha costado mas de 17.000,000; y puedo asegurar que hoy vale ya, comprendiendo sus terrenos conquistados, su rada, sus establecimientos, su puerto para barcos, mas de 50.000,000, y luego que los dos mares se hayan reunido valdrá el doble.

«Empero, salgamos de Port-Said, mundo nuevo que surge de las aguas, y entremos en el canal. La mañana del día 11, á las siete, montamos en canoas y nos dirigimos, atravesando una parte del lago Menzaleh, hacia la tierra de Ras-el-Eich, primer campamento situado en el canal, á 16 kilómetros de Port-Said. Seguíamos la línea de las dragas, colocadas en marcha ya las unas, preparándose las otras para el trabajo. Por la noche, despues de haber recorrido 48 kilómetros, desembarcamos en la estacion de Kantara-el-Kasné. El canal que acabábamos de atravesar tiene de anchura desde 5 á 12 metros; al cabo de algun tiempo tendrá en toda su estension 12 metros de ancho y uno y medio de profundidad. Se felicita uno al pensar que se hace fácil, cómoda y rápidamente por el canal en diez horas un viaje que costaba tres dias de fatiga por tierra no hace todavía un año.

«Kantara es un lindo campamento sobre la ruta de Egipto á Siria; sus casas son de ladrillo, procedentes de una antigua ciudad que se encuentra á 2 kilómetros. Su posicion sobre el camino de Siria la da una importancia considerable, y llegará á ser un centro para las caravanas y de relaciones con la Siria, con Arabia y todo el Irak. Pasan seguramente cada dia por allí de doscientos á trescientos camellos y otras tantas personas; es un vaiven continuo. Las provisiones en Kantara son variadas y abundantes; el aire es penetrante y salubre; por esn el apetito se aviva y la salud reina entre los empleados. Hay un pequeño hospital modelo, notable por su situacion y aseo; y como hay pocos enfermos, sirven las camas para los pasajeros, habiendo dormido yo mismo en una de ellas.

«Los trabajos que se ejecutan en toda la línea que hemos recorrido, y en la circunscripcion de Kantara, no tienden mas que á ahondar y ensanchar el canal. Una draga se mueve; es la que fue conducida pieza por pieza al través del desierto, y cuyo dibujo y el de trasporte por camellos se publicaron en la *Illustration*. Los operarios sacan la tierra que se halla sobre las aguas; y hace el resto la draga, que antes de poco tiempo irá á reunirse con sus hermanas, que adelantan á su vez desde Port-Said, á fin de marchar de frente entonces juntas y atacar el canal marítimo en toda su longitud.

«A las ocho de la mañana montamos de nuevo en las barcas y atravesamos los lagos Ballah, lagos sin agua, siguiendo el canal en ellos abierto, que tiene 12 metros de anchura en toda su





Castillo de San Angelo.

estension. A medio dia llegamos á Ferdana, al pie del Senil, donde por ahora se detiene el canal. De Port-Said á Ferdana recorrimos 67 kilómetros. Para daros una idea del resultado ya obtenido, os diré que antes de la apertura de aquel canal el precio de transporte de los objetos desde Por-Said á Ferdana se elevaba desde 150 á 200 francos cada 1.000 kilos; que en la actualidad no sube de 7 francos, y que muy luego no pasará de 3. Estas cifras son mas elocuentes que todas las razones que pudieran alegarse.

»Ferdana es una estacion situada en las dunas del mismo nombre: en sus inmediaciones se han encontrado canteras de cal y yeso. En aquel punto comieza el canal á estar encajonado, pues los ribazos son mas elevados; conócese que ha concluido el dominio de los lagos. Nuestro sistema de locomocion iba tambien á variar, segun pude colegir al ver en las orillas del canal caballos, dromedarios y un carruaje para las señoras.

(Se continuará.)

#### EL CASTILLO DE SAN ANGELO.

El castillo de San Angelo en Roma es uno de los edificios mas notables de la edad media que se conservan en la ciudad eterna. En su origen fue mausoleo del emperador Adriano

que desplegó en él gran magnificencia, y se conservó intacto hasta el año 537. Los griegos para defenderse de Vitiges, rompieron todas las estatuas que le adornaban y las lanzaron contra sus enemigos. Durante la edad media sirvió de fortaleza á los partidos que desolaban á Roma, y fue desmantelado y arruinado tan importante edificio. Pero en 1499 el papa Alejandro VI le reparó y fortificó; en él se refugió Clemente VII, y los demás pontífices le fueron convirtiendo en fortaleza. Benedicto XIV mandó colocar un ángel de bronce en su parte mas alta, y por esto se llama castillo del Santo Angel.

#### A ELVIRA, EN SU ALBUM.

Pues mandas que yo lo estrene,  
portero de tu *album* soy,  
que es al que está como estoy  
el empleo que conviene.

Y una portería es ganga  
para los viejos escuálidos  
que se retiran inválidos  
del cuartel y la charanga.

Yo aquí al Parnaso moderno,  
¡ay! abriré la mampara,  
pues tal suerte me depara  
mi catarro sempiterno.

De planton en el vestíbulo,

á muchos veré pasar  
con ofrendas á tu altar  
y aromas en el turíbulo.

Artículos de comercio,  
que niega la suerte impia  
á quien ya cumplió, hija mia,  
el lustro décimo tercio;

Y envidiando á mas de dos  
su juventud y su lira,  
Renegaré, bella Elvira,  
de mi reuma y de mi tos.

Mas ¡qué digo! Alto es mi medro  
con la honra no merecida  
de ser para tí, querida,  
lo que para Dios S. Pedro.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

#### CANTAR DEL SIGLO XV.

A LA VIRGEN.

Sennora, estrella lusiente  
que á todo el mundo guia,  
guia á este tu seruiente  
que su alma en tí fia.

A canela bien oliente  
eres sennora comparala,  
de la tierra del oriente  
as olor muy apreciada  
á ti fas clamor la gente  
en sus cuytas todavia,  
quien por pecador se siente  
llamando santa Maria.

Sennora estrella lusiente  
que á todo el mundo guia  
guia á este tu seruiente  
que su alma en tí fia.

Al cedro en la altura  
te compara Salomon,  
eguala tu fermosura  
al cipres del monte Sion,  
palma fresca en verdura  
fermosa e de gran valia,  
oliua la Escripura  
te llama sennora mia.

Sennora estrella lusiente  
que todo el mundo guia  
guia á este tu seruiente  
que su alma en tí fia.

De la mar eres estrella  
del cielo puerta lumbrosa,  
despues del parto donsella  
de Dios padre fija, esposa,  
tu amansaste la querella  
que por ena a nos uenia,  
e el mal que fiso ella  
por tí ouo mejoría.

Sennora estrella lusiente  
que á todo el mundo guia,  
guia á este tu seruiente  
que su alma en tí fia.

PEDRO LOPEZ DE AYALA.

#### EPIGRAMA.

Viajé con don Eleuterio  
Hombre de cabeza activa,  
Y al preguntar á dónde iba  
Me contestó con misterio:  
Há cosa de algunos meses  
Que me hace la suerte guerra...  
Amigo, voy á Inglaterra  
Para huir de los ingleses.

JUAN TOMÁS Y SALVANY.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable. Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, paseo de Mathen.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.